

Los Libros

«COIRÓN», de DANIEL BELMAR, por *Juan Loveluck*.

Bajo un nombre extraño, desconocido para muchos (1), Daniel Belmar nos ha entregado una nueva obra que seguramente constituye un aporte serio para nuestra novelística.

En el prólogo, que firma Mariano Latorre, se encuentra el mejor estudio general que pueda hacerse de «Coirón», lo que no nos impide disentir de alguno de sus puntos de vista para considerar la novela. Veamos el más serio de ellos, a nuestro juicio.

«Predomina el medio—dice don Mariano—sobre los personajes aunque éstos se distinguen claramente en su eterno deambular... Es difícil, por esto, precisar al héroe en «Coirón». En mi sentir, el héroe no existe».

Bien. Pero de acuerdo con nuestra opinión, si no hay un «héroe» precisable—cosa que poquísimo importa para la novela—hay, sí, algo de mayor trascendencia:

(1) Coirón, «planta gramínea de hojas duras y punzantes, que se usa principalmente para techar las barracas de los campos», Dicc. R. Ac. Esp.

un personaje que no es humano, pero actúa como si lo fuera: la pampa, el mundo, los coironales que rodean a Neuquén, en territorio argentino, donde vive ese grupo de chilenos. De ella surgen los hombres, se van y vuelven a ella; sobre ella—como manchas que difumina la noche—ocurren los acontecimientos, sigue su curso la vida. Y allí también se borran, desaparecen y olvidan hombres, hechos, ambiciones, esperanzas; todo, en suma.

La pampa maneja como quiere los hilos débiles de esas vidas. Domina. Y en ocasiones innumerables se alza como dueña de las cosas, en cuyas manos las vidas de los seres casi nada valen o representan. Los ejemplos no faltan: habla «Patito» (personaje parecido al que relata en «Don Segundo Sombra»):

«... Rodó mi infancia, pura, dichosa, sin otros muertos que los horizontes abiertos desde cuyos filos los cielos lanzaban sus flechas ardientes, o sus lluvias tenebres, o el frío mensaje de la nieve (p. 92)».

Tenemos, pues, en primera presentación, a una pampa que ha formado las ideas de libertad en la mente del muchachito, con su amplitud inmensurable. Es un elemento activo.

Veámosla ahora formando, delineando el alma de los hombres que la habitan, a golpes, en el yunque de su inmensa soledad; reduciéndolos, con su silencio y extensión, a un molde de dureza, de aridez—imaginativa, amorosa, etc.—que sólo hallará expansión, momentánea y brutal, en los pocos momentos en que visitan los escasos y lejanos poblados. Esa soledad ininterrumpida impulsará, determinará el alevoso acto del «Mocho»—personaje repulsivo—en la persona de la vieja Carmen, y que después vemos borrado, arrancado del mismo pasado—el novelista jamás lo mencio-

na nuevamente—por la monotonía de esa vida que todo lo reduce a la nada.

Y en realidad allí parece que todo está condenado a la quietud:

«Los días corrían lentos e iguales. Nada alteraba la
« monotonía del paisaje y de la existencia. Las horas
« rodaban en la corriente pura y opaca del tiempo
« inextinguible, hundiendo la conciencia y el anhelo
« en su turbia y silenciosa marejada. Un día igual a
« otro, interminablemente. Nada sino la infinita lla-
« nura hundida en los confines, y el cielo desplomando
« sus muros impalpables detrás de los tristes horizon-
« tes socavados» (p. 116).

¿No actúa este medio con mayor fuerza, no pesa más aún en los seres que un personaje de carne y hueso, voluntad férrea y reacciones decididas; más que un «héroe»? Solamente algunas almas, demasiado tiernas, incontaminadas todavía se salvarán del endurecimiento—pero, ¿más que momentáneamente?—Exclama el muchacho, es decir el hombre que hace recuerdos de niño:

«Pero mi infancia no reparaba en la monotonía.
« Poseía sus propios países, sus territorios de maravi-
« lla en donde el tiempo no existía, en donde una do-
« rada bruma velaba la realidad y la fantasía desbo-
« caba sus ansiosos potros de cristal» (116). Esto, sin dudarlo, no habría pervivido en el alma ingenua del muchacho. Porque es difícil resistir la fuerza, el empuje corrosivo del medio que, al fin, siempre vence.

Y para terminar este aspecto de «Coirón»: un personaje, el «Zorro», dice algo que creemos prueba nuestra afirmación. Oigámoslo:

«La pampa nos sujeta. Para nosotros la pampa es el
« pasado y el presente... Y el futuro... Detrás de

« nosotros no hay nada... , sino en torno: la pampa, los mallines y, arriba, el cielo... ¿Qué hacerle, don? Somos así. *No podemos cambiar...*» (p. 220).

La pampa lo acoge todo, todo lo recibe, lo cambia, lo amolda a su antojo:

«Pampa, pampa, verde llanura inmensa, todo cabía en ti, el hombre, y su tristeza, y su esperanza» (p. 250).

Es la pampa el protagonista de «Coirón»—aunque no se mueva ni nada le suceda—ella empuja a los pequeños héroes que la recorren y en ella viven, los determina y circunscribe a determinadas acciones. Posee la fuerza del héroe. Actúa como tal. Su inmensidad, hasta cierto punto, es medicinal. Y nociva para el hombre. En las sabanas infinitas, así como hombres y episodios surgen, así se apagan, se olvidan: crímenes, anhelos, vicios, sufrimientos, amores, lo más alto y lo más bajo de la vida. Cualquier resonancia, cualquier eco, se hacen inaudibles. Hay una mano poderosa que los acalla.

* * *

Veamos otros aspectos de «Coirón», esta novela de la tierra que tanto dista de ser una obra cualquiera por la seguridad noveladora de Belmar. El autor de «Roble Huacho» y «Oleaje», a pesar de que no siempre escribe con la misma perfección—y no es del caso aquí señalar «caídas», detalles o minucias—logra casi siempre gran calidad estilística, dominio de imágenes, medida, sentido de las proporciones, de las pinturas coloristas. Rasgos que hacen alzarse a «Coirón» con rasgos definidos y con méritos propios.

Detallemos.

Belmar usa bien el idioma; lo conoce a fondo en su flexibilidad y riqueza inmensas. Cuando escribe, por ejemplo:

«Allá lejos, en la altura, una bandada de caranchos batió el aire con aspas lentas y desmayadas, *subiendo y bajando, rodando* en amplios espirales sin objeto aparente» (p. 25), con el empleo—consciente o inconsciente; y ojalá esto último—de los tres gerundios *subiendo, bajando, rodando*, nos transmite, directamente, la sensación del vuelo lento, pesado, solemne de los caranchos.

Es lo que se llama perfección.

También son aciertos los de las páginas 50 y 98, por ejemplo, y tomados de entre otros varios: «Los perros nos rodearon, acezantes, las anchas lenguas colgando de los hocicos como rojos peces trémulos»; «ahí vi al gaucho Pinares, con... su estampa de centauro fatigado».

En la página 31 aparece un gato al acecho de unas golondrinas que revolotean por sobre su inquieta cabeza; después de una larga e intencionadamente fatigosa oración, escribe:

«Contuve la respiración».

Produce una como compresión en nuestros pulmones que siguen el ritmo de la lectura y nosotros la contenemos con él.

Avanzamos otras líneas y sólo respiramos tranquilos—las golondrinas no se dejan apresar por el felino—al exclamar el novelista:

«Respiré aliviado».

Entonces respiramos libremente.

Son muy pequeños detalles, si se quiere, de los que ni el propio autor, a veces, se da cuenta, pero son, incuestionablemente, los hitos que señalan hasta dónde

un hombre que escribe posee su arte, o su arte lo posee a él. Detalles son que pasan inadvertidos, en ocasiones, para quien escribe, demostrando así que son filones de su rico tesoro por expresar.

Belmar, pues, domina al lector. Y ése es un difícil logro.

De alta calidad estilística es la descripción de la invasión de «voladoras» o langostas—destacada por Latorre—que hacían ver el suelo «como si de repente hubiera entrado en ebullición» (p. 97); o el plásticísimo acierto de escribir que al aplastar las voladoras, «los cascos de las bestias machacaban la tierra hervidora, quebrando a cada tranco los asquerosos cuerpecillos que chasqueaban como huevos rotos» (ps. 97-98).

Poseen rasgos salientes, también, el episodio de la despiadada e inútil caza del avestruz (ps. 77-80); el de la lucha encarnizada entre el toro y el puma, descrito con pluma maestra (ps. 105-7), y en cuyas apuestas «más de algún perdedor quedó sin caballo ni montura, de a pie, y en la pampa, lo que es mucho decir» (p. 108); el del indio Aiyalef, con el vientre abierto, de un realismo e intensidad dramática sobrecogedores (p. 113); el de la castración del puma «Cholet» (ps. 193-98); etc.

«Coirón» es una obra nuestra, maciza, definitiva, lograda. Si geográficamente no está enmarcada en Chile, en sus personajes vive nuestro país con devoción digna de santuario. Los hombres son dignos de su medio: bravos, malos algunos, traidores, valientes o débiles otros. El tono general, digno, epopéyico casi, acorde con el escenario que pinta.

Saludemos en Daniel Belmar a una realidad auténtica de nuestra literatura.

Que siga.

Y que nos llegue otra vez, muchas veces, desde su Concepción, el mensaje que ya ha comenzado a entregar bajo tan buenos y definitivos augurios.—
JUAN LOVELUCK.



«JEMMY BUTTON». Novela por *Benjamín Subercaseaux*. Ediciones Ercilla, Santiago, 1950. 907 páginas.

Esta «simple novela de aventuras»—como la llama su autor—es algo más que «una simple novela». Y mucho, mucho más que una simple «novela de aventuras». Aun cuando todas las novelas—simples o no—son, a su manera, novelas de aventuras o de aventura. De la grande y magra aventura del hombre. Es algo más, decía. Es la historia de un gran fracaso. Entre otras cosas, por cierto, es la historia del fracaso de un hombre y de su tentativa, arriesgada y noble, de incorporar a la civilización occidental y sumir en cultura cristiana a un pequeño grupo de indígenas nativos de Tierra del Fuego. El episodio es real e histórico.

La novela supera el episodio.

El tema de la adaptación y readaptación a la civilización y a la cultura y el abordaje a la esencia definitoria del hombre, puede rastrearse en Subercaseaux—en lo que yo, escasamente, conozco de él—a través de las páginas plurales y varias de «Zoé» (1936), «Contribución a la realidad» (1939), «Chile o una loca geografía» (1940) y «Reportaje a mí mismo» (1945).

El desarrollo más vigoroso hállase en las páginas grávidas de «Jemmy Button». Obra compleja, ex-